



La Santa Sede

PABLO VI

ÁNGELUS

Castelgandolfo

Domingo 23 de agosto de 1964

Queridos hijos, os saludamos a todos los que os encontráis aquí reunidos, y a los que en la plaza de San Pedro están unidos a Nos. Es sumamente grato al corazón del Papa impartir la bendición dominical tanto a los grupos, como a cada uno en particular, extendiéndola a todas las personas que cada uno tiene en el corazón y que representa, dando a todos el encargo de transmitir los votos paternos a todas partes donde alcancen los destellos de la caridad.

¿Qué os diremos? Acabamos de volver de la visita a una pequeña villa, fundada hace poco, no lejos de aquí, que se llama Aprilia. De todas las impresiones hermosas, dignas de ser descritas y meditadas, destaca e interesa una de forma especial: considerar las posibilidades y los maravillosos resultados del trabajo humano.

Recordamos que cuando estuvimos por primera vez en Roma, hace treinta o cuarenta años, aquello era solamente un campo solitario, yermo y pobre, infestado de malaria, sin casas, y sin ningún signo de vida. Ha cambiado su aspecto, ahora está invadido por el trabajo y la fertilidad, y también por una cierta riqueza y un nuevo bienestar; ha surgido una ciudad de unos veinte mil habitantes, donde no había ninguno. Además un complejo de carreteras y de edificaciones, una floreciente comunidad nacida precisamente de las fuerzas disciplinadas y organizadas sabiamente por el trabajo.

¿Y ahora? Al trabajo agrícola se ha sumado también el industrial. Esta mañana, en la primera conversación, los obreros nos han dicho que hay unas sesenta y seis empresas industriales en actividad en la periferia y en torno al nuevo centro urbano. Esto quiere decir que abundan las nuevas disposiciones y las nuevas mentalidades; costumbres nuevas, las de las zonas industriales, que transforman el modo de vivir y de pensar.

Quisiéramos, por tanto, que la intención de nuestra oración, hoy, estuviera especialmente dedicada al trabajo, por su dignidad, por su elevación, por su libertad; en prueba de la estima y gratitud que debemos al esfuerzo humano y a todos los trabajadores que han gastado energías, tiempo y vida para transformar profundamente el fluir de la existencia temporal, en que discurren nuestros días de acá abajo.

Quisiéramos que nuestro saludo y nuestra bendición llegaran a todos los trabajadores. A los agricultores; en la secuencia del Evangelio que leíamos esta mañana teníamos magníficas referencias a cuanto sucede en la vida que nos rodea; el lirio del campo hace pensar en la fecundidad, en la poesía y en la belleza de la naturaleza. Luego a los trabajadores de la industria, organizada, moderna, que se encuentran también más atraídos por la eficacia de su trabajo y más tentados a olvidar la causalidad superior de la que son instrumentos relevantes, la causalidad de la naturaleza, la causalidad de Dios.

Pues bien, llegue nuestro saludo a todos estos trabajadores, nuestro agradecimiento, nuestras manifestaciones de estima y nuestra bendición. Con el augurio de que el hombre no ignore la sabiduría que ha de guiar al trabajo; es decir, que no crea ni que se basta a sí mismo —¿qué sucedería si fallaran las fuerzas de la naturaleza, si cayeran las leyes que la gobiernan y las innumerables ilustraciones misteriosas que Dios ha dado al cosmos, de donde sacamos nuestras fuerzas y nuestra riqueza y fecundidad, adaptando las cosas lejanas y materiales a nuestras necesidades y exigencias?—, ni tampoco mantenga que el trabajo es un fin absoluto. Ciertamente el trabajo no puede ser la causa suprema; es un camino instrumental, un medio; debe servir al hombre. Y no solamente por los recursos materiales que proporciona; debe servir a todo el hombre, al hombre completo, que también está destinado a fines superiores, es decir, a conseguir el conocimiento y la posición de Dios.

Esto quiere decir que hemos de orar para que el trabajo sea bueno, iluminado por sentimientos superiores, moral en sus expresiones y aspiraciones; consolado, socorrido, ennoblecido por la fe cristiana, que no es una mera nota artificial o de añadidura, sino que constituye el elemento más alto y elevado que corona, eleva, conforta al trabajo dándole significado y dignidad superiores.

Es hermoso invitaros a todos a pedir —hoy todos tienen puesta su intención en el trabajo— a la Virgen, que nos consiga un don singular. Que la Virgen haga descender sobre toda la humanidad trabajadora el consuelo de su luz, de su esperanza, de su bendición, que no puede ser otra que la bendición cristiana.